

Apollinaire, casi ya olvidada por los tiempos que corren: "es que poesía y creación no son sino una cosa".

La moral ascética del poeta lo ha puesto a luchar contra las pesadillas desde este lado.

ANTONIO CAMPAÑA

<https://doi.org/10.29393/At453-454-52CSAC10052>

CACTOS DEL SOL Y DE LA LUNA

De *Jaime Barrientos*
Editorial Universitaria, 1985

La poesía de Jaime Barrientos parece necesitar, además de buscar su sentido entre los laberintos que hay que cruzar para advertir la marcha del tiempo y atender a la expresión del propio espíritu, de los impulsos de un escenario exterior. Del choque entre estas dos realidades, que se suponen distantes aun cuando no son sino una única y fundamental propiedad del sentimiento poético, el poeta resuelve y elige su ámbito lírico. Se acerca así a ciertos síntomas que la herencia de buena parte de la lírica moderna ha dejado en la experiencia poética más reciente. Los que no dejan de punzar cada vez con mayor insistencia. Son aquellos crecientes intentos por atraer las cosas distantes e incorporarlas a las nuevas estructuras del orden que observa, una necesidad de fusión o de agrupamiento. Hablamos de los poetas que transforman en signos simbólicos algunos objetos o cosas de la naturaleza a las cuales asignan propiedades que podrían o no tener algún fin objetivo pero que sostienen un fundamento cardinal en determinada poesía.

Jaime Barrientos, a través de los poemas de *Cactus del Sol y de la Luna*, se acerca a este estado o a este pretexto de capturar el alrededor en un anhelo por encontrar el sentido vital de la vida que manifiesta su propia intimidad. Y como el poeta necesita de este escenario exterior para resolver con plenitud la crisis que pretende sacar de su escondrijo, va en busca de la realidad sensible de las cosas. Por medio de ellas procura poner punto final al problema que le plantea su filosofía de la vida. Como alguna vez lo intentaron algunos, quiere fundir el mundo propio con el mundo exterior. Un hermoso y breve poema, *Paisaje*, podría dar buena muestra de esta actitud de Barrientos: "Los pájaros van hacia los cerros,/ mientras las campanas llaman en la tarde,/ el alma se enreda en los adioses/ y se va deshojando poco a poco./ Hasta la soledad/ saca del abismo/ sus antiguas máscaras".

Las dos terceras partes de *Cactus del Sol y de la Luna* recogen poemas al cacto como simbólico elemento unificador. Pensamos que el poeta lo elige por sus proyecciones agrupadoras de una belleza primigenia y desnuda, y, a la vez, como agente extremo de la soledad. Alrededor de su imagen Barrientos realiza incursiones originales en las cuales da a conocer situaciones que trascienden el encadenamiento del yo, el sentido de individuación, para pasar sobre los obstáculos que le impiden la complicidad con el sentimiento provocado por las cosas. En nuestro poeta el vínculo a la naturaleza

representada en el cacto, es un vínculo vigoroso que crea un contacto íntimo, jamás divagatorio, como en este *Cacto de la Luna*: “Juntos los seis cactus soñando,/ aquí en esta quebrada de la luna./ Sin pretensiones vanas,/ en completo silencio./ Sin querer estar en ninguna otra parte”.

El poeta sabe separar los caminos que le interesan como hombre que inspecciona los móviles cardinales que tocan el centro de su curiosidad. En *Cactos del Sol y de la Luna* es evidente que la significación de la obra tiene tanto peso como el de la voluntad del poeta que la construye. Ambas, obra y voluntad de pertenencia, corren aquí paralelas, son claramente representativas del mismo fin o punto de vista operacional. Está claro que si la conciencia poética necesita salir tras la aprehensión de su propósito, no hay duda que la cosa vista —o sentida— no puede evadir el peso de la propia experiencia del mundo. Aunque incluya una fuerte realidad, esa que no deja de mover sus resquicios entre las impresiones del poeta.

Si bien es cierto que éste puede conmoverse o caer en actitud de pasmo de acuerdo a la particularidad de las relaciones que sostiene con la realidad, no lo es menos que todas sus sensaciones, el ejercicio de ellas, las consuma su experiencia vital o, si se quiere, la vida con sus corrientes movedizas y sus desdoblamientos imprevisibles. El *Juego de Ajedrez en Coyoacán*, además de ser uno de los poemas del libro mejor realizados poéticamente, desarrolla bastante de esta misteriosidad que Jaime Barrientos enlaza y nos presenta como expresión nítida de su lirismo: “Dejadme ir más allá de mis alfiles,/ sobre mis negras torres alcanzar mis silencios./ Dejadme cabalgar en mis propios corceles/ alados como esencia de todo pensamiento./ No me lleven por los otros senderos./ No me nieguen el agua cristalina./ No me nieguen el pan de cada día./ Ni la luz. Ni la palabra. Ni el poder de hacer versos./ Dejadme, entonces, sumido en el tablero./ Dejadme a solas con mis pensamientos,/ mientras la noche cae sobre el alma/ y de Coyoacán escucho solamente los ecos”.

Nuestro poeta, a través de otros poemas, tiende a mantener la conducta de sacralizar la realidad que lo commueve. Pero en ningún caso para aceptarla tal como es o la sorprende a la vista. No es que quiera o pretenda transformar la radicalidad de su unidad sino, únicamente, recrear el fondo del universo que la constituye. Todo el paisaje, cuanto es testigo sensible, es recorrido por el sentimiento del poeta al punto que el libro se convierte en una muy *sui generis* animación de éste y no en una fábula sobre el mismo, en un grabado que surge de su estrecho contacto con la naturaleza. Observamos al poeta muy cerca de aquella organización de las cosas primeras que vuelve a ver en cada uno de los viajes que realiza por el corazón de las esencias de las que no pretende nada sino la demostración, jamás la desvalorización de su realidad. En el poema *Pueblo* se trasciende este regocijo de intimidad, de complementación celular que intenta peregrinar más allá de lo real: “Esta calle va hacia el mar./ Por ella viene el perro cojeando./ Este es el pueblo/ que ven los ancianos/ cuando se dirigen a la muerte”.

Las rupturas que esta poesía suscita, en las cuales ninguna exaltación ni ocultación queda excluida, no pueden negarse así como los puntos cardinales de la realidad intimista que Jaime Barrientos ha querido explicarse y explicarnos.

ANTONIO CAMPAÑA